

Novela CAMR

EL FARO DEL LAGO

Chloé Edin



Dedicado a la amistad, a los proyectos que se empiezan con gran ilusión, a la superación de los problemas en equipo y al apoyo mutuo.

Introducción

Eran las cuatro de la mañana y no podía dormir, así que me decidí a levantarme e instalarme frente al ordenador.

Conocía la Web del pueblo y tenía intención de poner mi anuncio en su foro. Redacté...

LA CASA DEL LAGO

Necesito mujeres con amplios conocimientos en llevar una casa, que se valgan por sí solas a la hora de realizar todo tipo de trabajos de mantenimiento, reconstrucción y posterior puesta en funcionamiento de una casa de huéspedes.

Sabía que lo que pedía iba a conseguirlo fácilmente si pedía hombres pero no los quería en mi casa.

Episodio 1

Había llegado por la mañana temprano después de un largo viaje por carretera. No tenía claro qué me había llevado a comprar aquella vieja mansión sin tener más referencias que las que marcaba una empresa inmobiliaria en internet. Era lo único que podía pagar y por mi salud mental precisaba cambiar de vida. Parecía el lugar perfecto, un hogar dónde vivir y un negocio para mantenerme. ¡No había hecho una locura así en mi vida!

El camino que salía de la carretera principal estaba bien cuidado aunque no asfaltado. Los árboles que lo rodeaban verdes y majestuosos, imposible comprobar su altura asomándome al parabrisas. Era un lugar precioso. Aunque hacía frío porque estábamos en invierno, el sol brillaba en el cielo azul con apenas pequeñitas nubes de algodón. Al final del camino, las increíbles vistas del lago y como un faro en el mar, como vigía

de las intrigantes aguas, la casa que había decidido habitar a partir de entonces con mi hijo Antoine de seis años, el único hombre que viviría conmigo.

Antoine jugaba con su Tablet en el asiento de atrás, sin levantar la mirada, hasta que los baches del camino le hicieron percatarse del mágico lugar en el que se encontraba.

-¡Oh vaya! —exclamó estupefacto, redondeando las palabras por el asombro.

-¿Te gusta el sitio, Antoine?

-No me gusta, me *requeteencanta* - respondió con su lenguaje infantil. Yo también estaba extasiada.

-Abrígate bien antes de salir -le advertí al estacionar el vehículo en la explanada contigua a la casa, junto a unos troncos de leña que parecía cortada hacía mil siglos.

Antoine salió corriendo hasta la orilla del lago y se entretuvo tirando palitos con sus guantes de lana puestos.

Yo me centré en aquel porche de madera que tenía en frente, lo tendría que reparar y barnizar pero me enamoraba. Era capaz de imaginármelo una vez arreglado con macetas colgantes de flores rojas que destacarían con el azul turquesa del agua del lago. Los colores de aquel sitio eran explosivos.

Busqué las llaves con el logo de la inmobiliaria en el bolsillo del abrigo. También llevaba guantes y no sabía si mi torpeza era debida a ellos o a la emoción de traspasar el umbral.

Sabía que no podía pedir maravillas por el precio que había pagado y que me costaría un gran esfuerzo poner aquel caserón en funcionamiento. Sentí vértigo cuando al intentar abrir la mosquitera de la puerta me quedé con ella en las manos. Tenía las bisagras

podridas por la humedad. Deseé desesperada que aquello no fuera un presagio de lo que iba a encontrar dentro.

Miré a Antoine, era mi vida. Tenía que darle un lugar decente para vivir, quizás había sido demasiado alocada. Enseguida me recuperé, no podía dejarme vencer tan rápidamente por el miedo. Con algo de ayuda y los ahorros que me habían quedado tenía que conseguirlo. No podía ser tan terrible por más que en las agencias inmobiliarias sólo hagan fotos de las partes buenas. Dejé la mosquitera apoyada en la fachada, metí la llave en la cerradura, giró milagrosamente y la puerta haciendo un ruido que podría matar a un grillo, acabó por abrirse.

Las ventanas estaban bien cerradas con sus puertas interiores de madera y no dejaban pasar más que varios halos descuidados de luz del tamaño de un alfiler.

Acerté a ver el diferencial eléctrico y levanté su tirador. Se hizo la luz en el gran salón. Un dedo de polvo cubría los suelos hidráulicos con un precioso dibujo geométrico y floreado en el centro. Los muebles tapados por espesas sábanas también estaban cubiertos de polvo gris. Una chimenea colosal en el centro. Aquello tenía mucho potencial. Mi alma empezaba a dar brincos de alegría. Aun así, iba a tener mucho trabajo y necesitaría ayuda si quería que cuando acabara de un lado, no tuviera que volver a empezar por el otro sin descanso. Aquella sensación de “nunca acabar” la odiaba. El trabajo en una casa siempre es igual, nunca sabes cuándo parar, pero yo había decidido tomarme ese descanso tan merecido aunque fueran a tambalearse los pilares de aquella mansión.

Me acerqué a la primera sábana y la levanté con curiosidad. Debajo un sillón antiguo con flores rojas parecía acabado de comprar. Lo sacudí con un

ligero golpe y el polvo me hizo estornudar. Tenía que comprar un buen aspirador, sonréí por mi buena suerte.

Seguí levantando sábanas, una lámpara, otro sillón, una mesita pequeña... aquello era una zona de lectura y más allá... multitud de mesas pequeñas con sillas de madera labrada, el comedor.

Me decidí a sacar las puertas de las grandes ventanas. No me esperaba el peso de la enorme madera que se desplomó contra el suelo haciendo un gran estruendo. Antoine se giró a mirarme un momento, pero al ver que la casa no se había desplomado sobre mí, siguió rodeando un gran árbol y saltando de raíz en raíz.

Afortunadamente los cristales estaban asquerosamente sucios pero intactos. Tenía que conseguir calentar la casa para la noche. El resto era imposible. No podía hacer todo en un día y mucho menos yo sola.

Con el espíritu alegre y positivo me puse manos a la obra. Me arremangué, me quité los guantes de lana y abrí el resto de ventanales que daban al lago. Desde allí podría vigilar a mi hijo mientras jugaba.

Descargué el coche con lo más útil, la caja de herramientas, la bolsa de mi ordenador con wifi (iba a necesitarlo como el respirar), las maletas, algunas bolsas de ropa de cama que compré de rebajas y dos edredones nórdicos. Debía darme prisa en adecentar dos habitaciones pero primero íbamos a desayunar. En el porche daba el sol justo sobre una mesa de madera vieja con patas en cruz. Parecía que la hubieran colocado en el lugar estratégico. Saqué del salpicadero una bolsa de papel marrón con unos croissants que habíamos comprado en la panadería al pasar por el pueblo, un café con leche y un chocolate de los que se auto calientan.

-Antoine! –Llamé –ven a desayunar, luego puedes seguir jugando. Tendrás mucho tiempo para descubrir todos los misterios de este lugar.

Antoine vino corriendo, me asombraba su energía y su espíritu vivaz. Ojalá yo hubiera tenido ese entusiasmo infantil del que disponía hacía unos años pero me sentía agotada. El resorte que siempre me había mantenido en pie se había doblado tanto por la presión que a duras penas me levantaba del suelo.

Disfrutamos de aquel manjar que nos calentó el estómago y nos dio energía para seguir cada cual con su trabajo. Antoine, según él, “entrenando”, y yo descubriendo los tesoros de aquel que sería mi hogar.

Episodio 2 (Rosalie)

Una chica había respondido a mi anuncio en el foro. Me avisaba que se pasaría a media tarde por el caserón.

Organizaba la leña en su lugar, bajo una pequeña construcción con tejado de madera en el exterior de la casa, después de que Antoine descubriera una mamá con sus gatitos allí escondidos y los trasladara cerca de la chimenea, cuando llegó un utilitario de color rosa chicle. Me imaginaba que sería Rosalie, la chica interesada en el trabajo.

Una mujer joven, robusta, con un jersey de cuello alto y sin chaqueta, salió del coche y se dirigió a mí...

-Hola, Soy Rosalie, ¿eres Chloé?

Rosalie tenía el pelo largo, castaño, y unos preciosos ojos almendrados.

-Sí, pasa, tomaremos un té -le dije sacudiéndome de las manos el polvo de los troncos medio podridos.

Me dirigí a la cocina. Había hecho algunas compras al mediodía, aprovechando que comíamos en un restaurante del pueblo.

-¡Hay mucho trabajo aquí! -dijo mirando a su alrededor -pero esto es precioso... -Comentó acariciando el piano que había en el salón y tocando algunas teclas.

-¿Sabes tocar? -le pregunté desde la cocina -. ¿Dónde coño está aquí el fregadero? -pensé en voz alta.

No había tenido tiempo todavía de entrar allí. Le había dado tan sólo un vistazo rápido y de pasada. Era una enorme cocina industrial, pero con elementos muy antiguos como una cocina de leña que me había parecido entrañable, a parte de una pieza de museo.

-Sí, algo. No se me da nada mal. Me gusta la música.

Dos lebrillos es lo único que veía, de los que se hacían servir antiguamente para fregar los platos. Se llenaban con agua y después había que vaciarlos. ¡Dios mío! ¡No había agua corriente en la cocina!

Salí al salón con una tetera vieja roída y cara de haber visto un fantasma.

-¿Estás bien? -me preguntó preocupada.

Intenté pensar rápido... -¿He visto algún baño? ¡Dios mío! ¡¿He visto algún baño?! -me volví a preguntar con urgencia -Espera... sí, ¡sí! Había un baño en la habitación a la que he subido las maletas. Me ha parecido ver la taza por una puerta entreabierta. Para variar, todo lleno de polvo. ¡Ufff! al menos hay un baño en la casa. Pero aquí, en la planta baja...

-¿Puedes ayudarme a buscar un baño?

-¿Cómo? –dijo como si no me hubiera entendido

-Sí, no hay agua corriente en la cocina. En esta planta debería haber algún baño, digo yo... -Me miró con cara de asombro aunque creí ver una chispita brillante en sus ojos -¿Te hace gracia?

-No, no, ¡pero no me digas!...es raro que no conozcas tu propia casa... - respondió aguantándose la risa

-He llegado esta mañana, no la había visto nunca antes... -Ahora sí que se sonrió sin poder evitarlo.

-Perdona, perdona... -me dijo al ver mi cara de mosqueo.

-Bueno, ¿me ayudas o qué?

-Tienes una bomba de agua en el exterior, te servirá para regar, incluso si quieras poner una piscina, pero claro tú no quieras eso... Además, quizás ni siquiera es potable...

Ya no la escuchaba, intentaba utilizar mi capacidad deductiva. Abrí una puerta, al lado de la de la cocina y me di un susto porque no era más que un armario del que me cayó el palo de una fregona a la cabeza. Le arreé con la tetera como si fuera un murciélagos que me atacaba. ¡Estaba de los nervios!

-Está aquí...

Rosalie lo había encontrado, cerca de la entrada, en la sala de lectura. Me acerqué a la puerta abierta. Era tan deprimente la visión que tuve, que me decidí a salir afuera y bombear agua, fuera o no potable.

-Mmmm... yo prefiero no tomar, me da miedo pillar unas *cagarreras* -dijo Rosalie mirándome con cara de repugnancia.

Yo me tomé el té como si estuviera bebiendo veneno, a ver si de algún modo acababa con aquella pesadilla...

Episodio 3

El agua de la bomba exterior era potable. Resulté ser mejor analista que un laboratorio científico. Aunque igualmente tuve que enviar una muestra por correo para demostrar a mis huéspedes que era seguro beberla.

Mi estómago no estaba bien del todo pero desde luego no era por el agua, era por el vértigo, la sensación que me producía verme en aquella casa enorme parada en el tiempo y sin modo de huir.

Rosalie, me gustó. Me gustaron sus ojos brillantes llenos de alegría, su energía. Necesitaba a alguien que me motivara cuando mis fuerzas decayeran.

Decidimos sentarnos a charlar en unas butacas junto a una pequeña mesita y su lámpara, a los que previamente habíamos quitado la manta que los cubría.

Cuando apoyamos nuestras posaderas en los dos sillones floreados, una nube de polvo se levantó cubriendonos por entero. Nos miramos la una a la otra como dos bobas en plena niebla de Londres. Hasta se me pasó por la mente la imagen de Jack el destripador. Así me sentía yo, con ganas de destripar a los de la inmobiliaria, pero a nosotras ya no se nos hacía nada extraño, así que lo obviamos y seguimos con nuestra conversación.

-¿A qué te dedicabas? —Le pregunté cuando la niebla volvió a asentarse y pude verle la cara con definición. Tenía el pelo más blanco que cuando llegó, aunque eso tampoco poseía la más mínima importancia.

-Trabajaba en la tienda de alimentación del pueblo pero me despedí.

-¿Cómo es eso? —pregunté interesada en la respuesta. Dependiendo de lo que me dijera iba a contratarla o no.

Alguien que me diera problemas o que me dejara tirada, no me convenía.

-Me lié con mi jefe y está casado –me dijo con franqueza -Me tragué eso de que iba a dejar a su mujer hasta que me harté de tanta mentira.

-¡Oh! ¡Vaya lo siento!

-Bueno, de todo se aprende. En estos momentos no entiendo cómo fui tan tonta. Me quedé sin trabajo y sin casa por no poder pagarla. Estoy viviendo en casa de una amiga.

Si había sido tan valiente como para perderlo todo por sus ideales, a mí me servía. Necesitaba gente decidida, pero sobre todo sincera.

-Aquí puedes quedarte en una de las habitaciones, puedes elegir la que más te guste, eso sí, tendrás que arreglártela tú misma.

-¿Eso quiere decir que me contratas? Así, ¿sin más? No me has preguntado qué sé hacer.

-Ya lo descubriré, vamos a tener tiempo de sobras. Esta noche duermo aquí, entre el polvo y a saber qué más. Si has sido capaz de no salir corriendo, me sirves.

Rosalie subió a ver las habitaciones para escoger la suya. Yo había elegido para Antoine y para mí, las dos que daban a la fachada principal. Eran contiguas y con una gran terraza. íbamos a vivir allí, así que quería que nos sintiéramos cómodos.

El gran caserón constaba de 20 habitaciones, tendríamos de sobras para alquilar.

Rosalie bajó por la escalinata de madera que rechinaba bajo sus pies. Si fuéramos positivos, podríamos decir que era una mujer musical, aquello era otra forma de hacer música, con unas teclas de madera como piano.

-¡Ya he escogido! Me gusta la siguiente a la vuestra, la que da al lateral. Desde allí puedo ver el campanario del pueblo- dijo emocionada. –Me voy con el coche a recoger mis cosas.

La acompañé hasta la puerta y antes de dejarla marchar, le retiré del cabello una pequeña telaraña, como si aquello fuera a arreglar su pelo canoso y artificialmente envejecido por el polvo en tan poco rato.

A la hora apareció con varias maletas en la vaca del coche y el interior a rebosar.

-¿Puede usted ayudarme, caballerete? – dijo al cruzarse con Antoine. Se le había caído la gorra que llevaba en la cabeza y no podía recogerla por ir cargada hasta arriba de paquetes.

Antoine recogió la gorra y volvió a ponérsela, mientras ella se agachaba un poco.

-¡Gracias Amigo! Le dijo siguiendo su camino hacia la habitación.

Después de varios viajes, todo estaba arriba amontonado en el medio y entre el polvo. En lugar de asustarse, se dispuso a sacudir el colchón como había hecho yo y a hacerse la cama.

Episodio 4 (Adrienne)

Pedimos una pizza para cenar. La trajo un amigo de Rosalie. Lo vi llegar agarrado a su mobylette con cara de velocidad (sería por los baches). Acabó cenando con nosotros. Un tipo divertido, aunque algo extraño, no podía estarse quieto y hablaba rápido. Terminé mi trozo de pizza en un pis pas contagiada por su nerviosismo. Los trabajos a menudo nos afectan, o los buscamos acorde a nuestra personalidad, o nuestra personalidad se amolda a ellos. A saber qué fue primero en Bienvenido, el pizzero. Popularmente llamado Bienve, para acortar. Cuando se marchó estábamos todos tan cansados que nos fuimos directamente a la cama sin preocuparnos de las telarañas del techo.

Antoine no tuvo tiempo de mirar ningún capítulo de dibujos de su Tablet y a mí me dolían tanto los pies que cuando me metí bajo mi cálido y nuevo

edredón (¡por fin algo nuevo en aquella casal), me costó dormirme. Hasta pude escuchar los ronquidos de Rosalie. ¡Vaya! ¿las mujeres también roncan? Pensaba que había un problema que me había ahorrado al no querer hombres en casa. Es igual, ella no me pondría los cuernos con nadie, ¿o sí?

Con esas divagaciones me quedé profunda y placenteramente dormida hasta que por la mañana tuve el más dulce despertar de toda mi vida. La luz del sol me daba justo en la cara y pude ver amanecer desde la cama. Las aguas que durante el día se mostraban azuladas parecían entonces una inmensidad de lava ardiente, era algo realmente extraordinario. Siempre me había encantado despertarme cuando amanecía pero nunca antes había visto algo tan hermoso. Si no hubiera sido consciente de que estábamos en invierno, me hubiera dejado hervir en aquella gran marmita.

La siguiente chica que respondió a mi anuncio en el foro fue Adrienne, una jovencita rubia de pelo lacio e inocentes ojos azules. Por su carácter, podría haber sido la compañera de clase de Antoine. Apareció con una cachorrita de perro pastor que dijo haberse encontrado de camino a la casa y que se veía incapaz de dejarla de nuevo abandonada. Así que como prefirió vivir en la casona antes que seguir viviendo con sus padres, bautizamos a la perrita con el nombre de Lluvia y empezó a formar parte de la gran familia de la casa del lago.

-Oye, ¿y tú qué sabes hacer? -le preguntó Rosalie.

-Se me da bien cocinar. Mis padres tenían un restaurante y yo trabajaba de ayudante del cocinero. Hasta hice un curso de repostería pero no me dio tiempo a estrenarme porque mis padres se jubilaron y cerraron el negocio.

-¿No te quedaste tú con la empresa? – volvió a preguntar Rosalie.

-Mis padres pensaron que era demasiado para mí y un riesgo apostar sus ahorros, como yo no tenía un duro...

-¡Ay madre! –me dijo Rosalie en voz baja, gesticulando con los ojos en blanco mientras le daba la espalda para que no le leyera los labios. ¡Qué disimulada era, Dios!

-Bueno, yo confío en ti –contesté apartándome un poco de Rosalie para que Adrienne pudiera verme la cara.

Claro, claro, no lo tenía... pero no veía posible que ningún otro chef hiciera cola para el puesto de cocinero, en una cocina que parecía de principios del siglo pasado, incluso por la gran porquería que la cubría.

El gran problema vino cuando le indicamos dónde estaba su lugar de trabajo. Pensé que tenía que llamar a

urgencias médicas. Por un momento parecía destenida porque a su claro color de ojos y de pelo, se le añadió el de la cara blanquecina.

Advertí que sus pies se ponían en situación de huida pero por un milagroso milagro (redundo por la improbabilidad), Lluvia se subió a sus rodillas meneando la cola y creo que por no dejarla, ella se quedó.

Compró los guantes de goma más largos de la historia, casi le llegaban a los hombros, y no paró en una semana de frotar y enjuagar con lejía. Tuve que comprarle una mascarilla para que no me denunciara por riesgos laborales. Rosalie y yo evitábamos la zona lo más que podíamos, aunque el olor llegó hasta el más nimio rincón de toda la casa. A Antoine lo abrigaba y lo mandaba fuera todo el día. Si no se resfriaba entonces, estaba preparado para afrontar el frío de Siberia. Pero cuando por fin, un día a media mañana

anunció a grito pelado con su voz fina y chillona...

-¡Ya está limpia!

Nos reunimos todos delante de la puerta con los ojos como platos y observamos el gran milagro milagroso (de nuevo, redondo por la improbabilidad) de contemplar por fin una cocina perfecta, de museo, pero perfecta y en la que podríamos cocinar. Se acabaron las pizzas de Bienve por las noches y las idas rápidas al restaurante del pueblo al mediodía.

Estaban brillantes hasta los más pequeños utensilios de cocina y descubrí que no tendría que comprar nada más que una nevera, un congelador industrial y una vitrocerámica. Era un placer cocinar a la leña y al final era lo que más utilicemos.

Afortunadamente antes de empezar la limpieza, Rosalie y yo soldamos los tubos del agua corriente. Pudimos

respetar las baldosas que tan sólo llegaban a media altura e hicimos las regatas por la pared que más tarde pintamos. No quiero pensar qué hubiera ocurrido si después de todo el trabajo, le comunicamos a Adrienne que había que volver a hacer polvo...

Episodio 5 (La nevera, la vitro y el congelador)

Hice la compra de los electrodomésticos por internet. Una empresa de transportes del pueblo tenía que traérnosla aquella mañana. Oímos el motor del camión cuando aún estaba lejos y salimos emocionados a ver su llegada. A Antoine le encantaban los camiones. Me sorprendió que se atrevieran a traer un “trasto” tan grande por el camino de tierra.

El vehículo aculó haciendo maniobras en nuestra gran explanada de parquin. De la parte derecha salieron dos hombres poniéndose guantes gruesos y algo sucios. Uno de ellos un jovencito, rubio y de ojos claros con la piel muy blanca, como la de nuestra Adrienne y el otro un “machote” con camiseta de tirantes que debió ser blanca en algún momento y una camisa de cuadros de lana atada en la cintura.

Abrieron las puertas metálicas de la parte trasera.

-Chico, píllala tú de arriba -le comentó el “machote” al jovencito.

El chico rubio con una camiseta de manga larga subió al camión de un salto. ¡Qué joven era! y ¡qué bueno estaba! si tuviera unos pocos (muchos) años menos... y ¡qué tímido! de esos que te enternecen y te los comerías... ¡Ays! ¡A veces digo unas tonterías!

De vuelta a la realidad miré a mis compañeras...

Allí plantadas sin moverse, ¡las dos! Sin perderse un detalle. Con la mirada fija.

Rosalie, mordiéndose el labio cuando el “machote” nos dio la espalda, supongo que debía de mirarle su espalda musculosa o más claramente, ¡el trasero! Ella no se andaba con rodeos. Consideré que pronto necesitaría un babero. Adrienne sin parar de sonreír. Debía tener los

músculos de la cara agarrotados. En mi opinión si alguien le hubiera dado una colleja (yo me hubiera ofrecido voluntaria), le hubiera salido disparada toda la dentadura. Afortunadamente, no la tenía postiza.

Ellas les miraban a ellos y yo las miraba a ellas sorprendida.

El género masculino también pareció entrar en el juego del galanteo porque el “machote” sonreía a Rosalie y se hacía el “fuertote”, mientras que el chavalín también sonreía a Adrienne pero no se atrevía a levantar la mirada, tan sólo de vez en cuando y para volver a bajarla. ¡Uff! ¡Qué nene!

¡¿Qué pasa?! Una también tiene hormonas femeninas, ¡aunque las mantengo a raya!

Al rato, se abrió la puerta del conductor. Un brazo sujetaba la puerta, parecía que estaba buscando algo dentro del camión. Debía ser el albarán que yo tenía que firmar.

Por fin, se decidió a salir un hombre como para “mojar pan” (este era el mío, que los otros ya estaban cogidos), con los papeles en un block con pinza superior. Me imaginé los músculos en sus brazos bajo las mangas de su camiseta negra y sus pectorales bajo el logo de la empresa. Viño distraído mirando sus papeles y preguntó.

-¿Clhoé Edin?

-La jefa -dijo Rosalie señalándome con la cabeza. Había dejado de mirar a su “machote” para mirar al mío ¡¡bandarra!!

-¡Ah! ¿Eres tú? -me soltó el *desgraciao*.

“¡Ah! ¿Eres tú”, pero eso ¿qué significa? ¿que se había llevado un chasco? ¿Qué le parecía una piltrafa? ¿Que esperaba, que la jefa fuera un jefe? ¡*Machista desperdiciado!*!

Le pillé los papeles de mala manera y entonces me miró por fin a la cara

sorprendido. Se los firmé y se los devolví cabreada.

Me metí en la casa, se me había olvidado lo *pringosodesgraciados* que eran los hombres...

Rosalie, también me miró sorprendida por un segundo pero prefirió no apartar la vista de otros paisajes que le reportaban más bienestar. El cielo azul, los pajaritos, el verde de la hierba, el culo del “machote”, sus hombros tatuados, su pelo ensortijado y su sonrisa blanca, blanca, blanquísimas.

-¿Necesitas que te los instalemos? -me dijo el “desgraciado”, entrando detrás de sus compañeros mientras estos metían los electrodomésticos en la cocina.

-¡No gracias! -le respondí tajante.

Rosalie me miró con cara de súplica. Ya sabía lo que quería, quería seguir observándoles hasta verles sudar y refregarse por el suelo. La miré con el

ceño fruncido y entendió que no iba a conseguir nada.

-Bueno, entonces ya lo tenéis todo.
¡Nos vamos, gracias!

-Hasta pronto -respondió Rosalie. Adrienne seguía sonriendo al jovencito que también le devolvía sonrisas y miradas.

Yo cada vez estaba más enfurruñada.

Se volvieron a subir a su camionazo y cuando desaparecieron de nuestra vista, escuché un suspiro conjunto de las dos mujeres en celo.

-¡Un día se os van a caer la bragas! -Les dije enfadada.

-Pero si estaban buenorros -me dijo Rosalie. ¿Es que a ti no te gustan los hombres?

-¡No! -le respondí cortante.

Rosalie se quedó pensativa, para acabar preguntando...

-¿Has pedido la lavadora?

-¡Mierda!

¡¡¡Mierda, mierda, mierda!!! Se me había olvidado la lavadora.

-¡Pues mañana los volvemos a ver! - respondió contenta.

-Mañana no creo, es demasiado justo - repliqué. Seguía “echando humo”

-Pues pasado mañana... -manifestó con un gesto de hombros que significaba “no importa”

-Grrrrrrrrrrr -respondí para mis adentros.

Episodio 6 (El coche color rosa, la escuela y el ocio en el lago)

Había llegado el momento de que Antoine volviera al colegio. Le había dado unos días para habituarse al nuevo espacio, igual que lo necesitaba yo, pero no podía dejar que se alargara demasiado. Aquel año para él iba a ser complicado. Un nuevo hogar, un nuevo colegio y nuevos amigos. Era un chico tímido y sabía lo que le iba a costar todo aquello.

-Si quieres te llevo al cole -le dijo Rosalie señalando su coche rosa chicle.

Antoine se lo miró pensativo. Rosalie sonrió, intuyó que le diría que no porque no quería que sus nuevos compañeros de clase lo vieran aparecer montado en un coche tan femenino.

-¡Vale! -respondió Antoine sin ningún problema. Aún era lo suficiente joven

como para no haber oído hablar de “colores de género”.

-¡Pues venga, sube!

Se marcharon los dos sonriendo y haciéndose bromas.

Con tanto silencio por allí, pude empezar a pensar sin tener que hablarme en voz alta. A veces los juegos de Antoine o el ruido y el movimiento en aquella casa, no dejaban que me concentrara ni en lo que tenía dentro de mi cabeza.

Tenía que fomentar el ocio en aquel lugar si quería que mi negocio fuera provechoso. Podía comprar algunas embarcaciones de segunda mano para pasear por el lago y alquilarlas por horas, algunas bicicletas y quizás más adelante cuando empezáramos a tener ingresos, algún caballo.

Aquella misma tarde, nos llegaron tres barcas muy diferentes, las había conseguido por internet en el tan

fructífero foro del pueblo. Eran barcas que habían pasado en tierra varios años, de gente que solía utilizarlas en aquel lago pero que habían acabado en desuso.

Me habían asegurado que flotaban y que no tenían ninguna vía de agua.

El aspecto exterior era deplorable. Una de ellas se había llamado Sra. María pero había perdido todas las vocales y a duras penas se sabía de qué color había sido pintada porque toda la pintura del casco se había resquebrajado y desprendido.

Rosalie enseguida se arremangó. Mientras yo intentaba hacerme a la idea de que teníamos más trabajo, ella ya estaba colocando cinta de pintor en la línea de flotación.

-¿De qué color pintamos? Blanco arriba...¿y abajo? Yo las haría azul turquesa como el lago y podríamos ponerles algún nombre.

-Tomillo, salvia y orégano -propuso Adrienne llevándoselo a su terreno.

Rosalie y yo nos la miramos.

-Bien.

-Vale -respondimos las dos al mismo tiempo-. ¿Por qué no?

Antoine nada más llegar de la escuela, quiso poner su firma. Se pintó las dos manos de verde, las frotó para que corriera el color y las puso sobre la zona pintada de blanco de las tres barcas.

Si todo lo hacíamos con ese cariño, no sé si tendríamos éxito pero seguro sería una experiencia que no olvidaríamos en nuestras vidas.

Antoine se arrepintió de su idea cuando tuvo que quitarse la pintura con disolvente. Sus manos de niño, llenas de araÑazos de los árboles, de padrastras, de uñas mordidas, no se lo agradecieron y no paró de quejarse del

dolor hasta que se las lavó con agua y jabón. Pero al rato ya andaba de nuevo con un pincel en la mano y manchándose sus pantalones nuevos.

-¿Vamos a dar una vuelta? –propuso enseguida Rosalie, una vez la pintura se secó mínimamente.

-¿Pero ya? –respondí sorprendida por la urgencia.

-¡Hombre! ¿Habrá que probarlas, no?

-Está bien, los sustos mejor que sean rápidos.

Arrastramos entre todos las barcas a la orilla del lago.

Tomillo y orégano flotaron sin problemas pero salvia, la antigua señora María, tenía una junta por la que entraba agua.

-Tengo un amigo que puede arreglarla –dijo Rosalie -Ayudadme a sacarla otra vez del lago.

Aquello no se movía por más que tirábamos. Entrarla había sido fácil gracias a la bajada que hacía la misma tierra.

-Vale, primero llamo a mi amigo y que nos ayude él a sacarla.

No supe qué decir, no podíamos dejarla allí o se hundiría. Atamos bien a tomillo y orégano a un gran árbol mientras Rosalie llamaba con su móvil.

-Estará aquí en quince minutos. Hay que achicar el agua o será imposible de mover.

Adrienne corrió a por unos cazos a la cocina. ¿De verdad, todo tenía que ser tan ridículo?

Allí estábamos las tres con los pies descalzos en el agua fría y sacando a cacerola limpia, el agua de dentro de la barca.

Se me hizo eterno el “dichoso” cuarto de hora y cuando vi la gran furgoneta

blanca aparecer por el camino, me hubiera puesto a dar saltos de alegría pero congelada como estaba, con dificultades lograba caminar.

-Pasadme las amarras de popa –nos dijo un hombre con barba de dos días y el pelo lo suficientemente largo como para que no le gustara a mi madre. ¡Eso sí, con un cuerpazo! Yo ya no me hacía ilusiones, después de lo del conductor de los electrodomésticos.

Rosalie le lanzó la cuerda con rapidez y él ató los extremos a su furgoneta. Sin perder tiempo, se subió al puesto del conductor y la arrancó.

-Apartaos –gritó por la ventanilla.

Nos separamos de la barca, yo como pude, no sentía los pies. Miré al retrovisor de la furgoneta y vi sus ojos color miel reflejados que también me miraban. Entonces pisó a fondo. La barca salió del agua haciendo un surco en la tierra.

-Hay que acabar de vaciarla para que pueda llevármela al taller –dijo saltando de la furgoneta de nuevo.

-Éste es Víctor –nos presentó Rosalie.

-Encantado –me tendió la mano.

-Lo siento, la tengo helada –respondí tendiéndosela también para que no pensara que se la rechazaba.

Su mano caliente envolvió la mía.

-¿Supongo que podemos ir contigo, verdad? –preguntó Rosalie.

-Sólo tengo un asiento libre delante, se me ha estropeado el otro y lo estoy reparando. ¿Sois cuatro, no? –contó a Antoine que hacía rato miraba sin abrir la boca, desde que no le dejé congelarse con nosotras y lo mandé varios pasos más allá.

-Sí, pero lo apañamos en un momento –comentó Rosalie resuelta.

-No os preocupéis, yo me quedo –dije contrariada por no poder conocer mejor a aquel hombre que me intrigaba
-Ve tú Rosalie, si te hace ilusión.

-No, no, esto será divertido. Que Antoine vaya delante y nosotras detrás como la mercancía. Podemos incluso sentarnos en esas sillas de camping que he encontrado en el trastero.

¿Estaba proponiendo algo verdaderamente absurdo o me lo parecía a mí?

Víctor sacó de la furgoneta un armazón con ruedas para colocar la barca y lo enganchó a la parte trasera.

Rosalie apareció con tres sillas plegables del año de la nana, las abrió y las colocó tras la reja que servía para separar la mercancía del conductor. El compartimento de paredes blancas estaba totalmente vacío.

Víctor sólo sonreía y yo sólo miraba sin dar crédito.

-Iremos bien, nos agarramos a la reja y ya está. Tiene el taller aquí cerca, ni siquiera salimos a la carretera –insistió Rosalie

-Yo no lo veo muy claro –alcancé a decir al ver la cara de súplica de Adrienne.

-¡Que sí hombre! No seáis mojigatas. ¡Venga Adrienne! ¡siéntate aquí! – espoleó Rosalie

Adrienne dócil como siempre, se sentó en la silla situada detrás del asiento del conductor. Se agarró a la reja de cuadrícula ancha, preparada, ya con cara de susto.

A mí me hizo sentarme en medio y después se sentó ella a mi lado, tras cerrar la puerta lateral.

-¿Estáis listas? –preguntó Víctor después de atarle el cinturón a Antoine.

-¡Sí, arranca! –gritó Rosalie emocionada.

La primera a la que perdimos fue Adrienne, justo después de la primera curva. Me percaté, cuando me giré hacia ella para mirarla y ya no estaba.

Sentada en su silla se había deslizado silenciosamente hacia atrás para acabar volcándose en la siguiente curva hacia la izquierda.

Empezaba a entender por qué alguien se había inventado las sencillas normas de circulación que no contemplaban el ir sentado en sillas plegables en la parte trasera de una furgoneta, sin cinturón y sin modo de sujeción al suelo del vehículo.

Le di un codazo a Rosalie para que mirara hacia atrás, sin querer despistar al conductor.

-¡Joder Adrienne! os he dicho que os agarrarais a la reja -dijo con hastío. Adrienne seguía sentada en su silla, sólo que tumbada en el suelo.

Episodio 7 (El retrovisor, el trapo sucio y mi venganza)

Durante el camino logramos que Adrienne volviera a su lugar y fue bastante difícil. Yo estaba acostumbrada a la locura de los autobuses de mi ciudad pero en el asfalto no hay bollos. Aquello parecía un rodeo.

Intenté levantarme varias veces de mi asiento sin éxito, los baches lograban volver a sentarme. Rosalie andaba como si estuviera borracha aunque logró alcanzar a Adrienne. La levantó con silla incluida y la colocó de nuevo a mi lado arrastrándola. Hasta me planteé si su silla no tenía ruedas. Luego se sentó en su lugar justo cuando yo me colocaba de nuevo mirando al frente y nos dimos un buen cabezazo.

-¡Au! –Exclamó Rosalie -¡ya decía yo que eras bien cabezota! –me soltó la moza.

-Pues tú me has clavado los dientes en la cocorota como si fuieras un vampiro
-respondí molesta.

-¿Ocurre algo ahí detrás? —preguntó Víctor.

-No, no... —disimulamos todas mientras nos frotábamos las parte doloridas.

-Ya se ha reído bastante con tu ocurrencia —le dije a Rosalie en voz baja —. A la que se lo cuente, le corto la lengua —amenacé muy seria. Me sentía bastante ridícula.

-¡Ni mío! —respondió Rosalie

-¡No, no! yo tampoco —dijo Adrienne cuando la interrogué con la mirada.

Al llegar al taller, Antoine se acercó a mí.

-¿Se ha hecho daño Adrienne?

-¿Cómo te has enterado?

-Por el retrovisor del centro del parabrisas. El hombre ése no paraba de mirarlo y partirse de risa.

-¡Cagüen tó ! –pensé. ¡Otro gracioso en mi vida!

-Ha habido un momento en el que sólo se veía el culo de Rosalie en pantalla completa tirando de la silla –me siguió contando Antoine- hasta que por fin ha evergido Adrienne con cara de mareada.

-evergido no, emergido –corregí.

Estaba que trinaba pero no lo iba a demostrar. Buscaría el mejor momento para vengarme. Él no se me iba a escapar.

Víctor desenganchó la barca del vehículo y tirando del armazón la hizo rodar dentro del gran almacén. Parecía una nave industrial.

-Abriré las juntas y la enmasillaré. Mañana ya estará seca la resina y os la podré devolver.

Cogió un martillo pequeño y un formón y abrió la hendidura por la que entraba el agua. Se le veía muy seguro de lo que estaba haciendo. Los tres nos quedamos pasmados mirando. Rosalie en cambio, empezó a dar vueltas por allí, “babeando” ante las herramientas.

-Necesito una tuerca del ocho. No tendrás una, ¿no? -preguntó Rosalie.

-Sí, en el cuarto cajón justo enfrente tuyo.

A mí, casi se me olvidó que lo odiaba porque mirarle mientras hacia su trabajo, me dejaba en encefalograma plano. Eso también lo hubiera sabido hacer yo, ¡claro que sí! Si tuviera idea de cómo se repara un barco. Yo era de tierra firme. De todos modos, buscando un poco en “mi amigo” google, habría encontrado el nombre

de la masilla que comprar y seguro que también las indicaciones.

Víctor, de vez en cuando, nos echaba un ojo y nos sonreía.

-¡Amigo!-le dijo a Antoine – ¿quieres echarme una mano?

-¡Claro!

-Aguanta aquí el formón, mientras yo le pongo masilla. Tira un poco para abajo haciendo palanca.

Los hombres hablan otro idioma y entre ellos se entienden. Hacía tiempo que no veía a Antoine tan interesado en algo, excepto cuando las chicas y yo nos metemos en líos. Como cuando dimos el agua al baño de abajo. El estaño no cubrió lo suficiente la junta de cobre y no quedaron bien soldados los tubos. Hubo una pequeña fuga que fue a darme directamente al ojo.

-¡Ah! ¡Que alguien cierre el paso del agua! –Grité desesperada mientras me

mojaba de arriba a abajo. Cuando abrí el ojo que me había quedado sano, vi en la puerta del baño a los tres mirándome. Rosalie se reía a carcajadas, Adrienne se había quedado con la boca abierta y Antoine estaba superconcentrado en el chorrillo del agua, pero nadie se movía.

-¡Fuera! Os voy a despedir a todos. A Antoine el primero -Yo también me partía de risa. Los perseguí toda mojada dándoles abrazos. ¡No veas lo que corrían entonces!

Antoine movía los brazos en alto mientras chillaba y el resto reímos sin poder parar.

Acabamos todos en la ducha, cada uno en su habitación, lo que fue perfecto para poner a prueba el calentador...

Una vez reparada la barca. Víctor se limpió las manos en un trapo sucio con ese gesto tan varonil y natural que hace que los músculos de los antebrazos se marquen. Casi me hace babear. Me

miró y sonrió, y ya creí que era mejor bajar la mirada que ruborizarme.

-Quiero dejarme el pelo tan largo como Víctor -me dijo Antoine al volver a casa.

-Tú ya lo tienes tan largo como él.

-¡Pues lo quiero más!

Parecía que le había impresionado tanto o más que a mí. Aunque yo todavía tenía una misión que cumplir, la venganza.

Episodio 8

Y el momento perfecto se produjo cuando regresó a devolvernos la barca.

Rosalie había ido a acompañar a Antoine al colegio y de paso, ella y Adrienne se quedaban a hacer las compras en el pueblo.

Yo no pude ir porque justo antes de salir, Víctor me había llamado para traernos la barca, dijo que necesitaba el espacio para montar una puerta de aluminio de grandes dimensiones que le habían pedido. Así que no tuve más remedio que esperarle.

Sobre las diez de la mañana, oí la furgoneta aparcando en el terraplén. Sequé mis manos en el trapo de cocina, ya que ese día me tocaba a mí hacer la comida y salí a saludar a Víctor con la mejor de mis sonrisas. Estaba algo nerviosa, no sé si por volver a verle o porque mis planes salieran bien.

Llevó la barca en el armazón con ruedas hasta la orilla y luego la empujó para que descendiera. La barca entró suavemente en el agua.

-¿Seguro que no entrará agua?

-¡Claro que no! es una buena masilla...

-¿Podrías comprobarlo?

-¿Comprobarlo? -Repetió extrañado sin llegar a comprender...

-Sí, me da miedo que con el peso de varias personas pueda hundirse.

-No, eso no va a pasar.

-¿Puedes comprobarlo? -insistí.

-Vale, ¿quéquieres? ¿que me suba en ella?... ¡voy!

Se subió de un salto sin mojarse ni las bambas.

Yo me descalcé y me subí los pantalones a la altura de la rodilla para tener más acceso a la barca.

-Espera, que te paso el remo...

-¡Ay!

-¡Oh perdona! ¿Te he dado? Ha sido sin querer... ¡Joder! ¡Menudo siluro! ¿Lo has visto?

-¡No! ¿dónde? —dijo frotándose la espinilla que era dónde le había dado “sin querer”

-¡En la proa! ¡Ahí, ahí!

Víctor se acercó a proa, de pie, con las piernas abiertas guardando el equilibrio, como haría cualquier persona acostumbrada a las barcas.

Lo que no se esperaba era una maniobra traicionera por mi parte.

-¿Lo ves?

...y cuando estaba lo bastante asomado, tiré de la popa de la barca de golpe.

Víctor perdió el equilibrio y cayó al agua como quien se tira de un trampolín.

Tenía estilo hasta para caer pero no le cambiaba el sitio. A mí, se me estaban congelando los pies. No quería imaginar lo que era estar mojado del todo.

No gritó, ni se enfadó... de hecho, lo que no hizo fue salir.

-¿Víctor?

¿Se habría dado un golpe al caer? Estábamos en la orilla, un lago no es como el mar. El agua no es tan profunda y suele haber rocas en el fondo. No es más que un trozo de montaña cubierta.

Empecé a angustiarme.

No obtenía respuesta.

Subí a la barca y me dirigí a proa con el corazón encogido y aterrada por si lo veía flotando. Me asomé y allí estaba él, escondido por el armazón de la barca, mirándome y sonriendo.

-¡Me has dado un susto! –le dije enfadada.

Entonces se levantó, el agua sólo le cubría hasta el pecho. Sus manos cayeron sobre las mías velozmente y me miró con cara de “te pillé”.

A mí, me embargó el pánico e intenté desasirme.

-¿Quieres acompañarme? –me preguntó travieso.

-¡No, no, no! Perdón, no lo volveré a hacer...

No sirvieron de nada mis súplicas. Tiró de mí hacia él.

Me cogió a su cuello intentando no caer pero la barca se desplazó poco a poco

alejándose hasta que mis pies no la alcanzaban y caí al agua.

Intenté agarrarme como si yo fuera un mono y él una palmera.

Me quedé sin aliento cuando mi barriga notó el helor del lago.

Enredada en su cintura con ambas piernas y a su cuello con los brazos, se puso a andar hacia la orilla...

Y así salimos, yo de la forma menos seria. Me bajé de él intentando recobrar la compostura pero el temblor de mis dientes no me dejaba hablar.

-No..., no..., puedo respirar... -alcancé a decir. El frío me atenazaba. Sólo podía respirar con la parte superior de mi diafragma.

-Tranquilízate -me dijo Víctor preocupado- estás hiperventilando.

-No..., no puedo..., -empezaba a sentirme mareada.

Víctor me cogió en brazos y me llevó a la casa. Los dos chorreando recorrimos el gran comedor. Subió conmigo a cuestas las escaleras hasta el baño de mi habitación.

Abrió el agua caliente. Buscó la temperatura adecuada y se metió en la ducha conmigo sujetándome por la cintura.

Seguí respirando agitada unos minutos más mientras el agua caliente me fue reanimando. Entonces me dejó ir.

Cuando me encontré mejor, me giré para mirarle a los ojos. Unos segundos eternos en los que vi al hombre sexual y sensual que era. Su incipiente barba. Su mirada brillante.

Se quitó la camiseta chorreante para que el calor del agua acariciara su piel. Aprecié su pecho, sus músculos.

Apoyó sus brazos a cada lado de mi cabeza contra la pared de baldosas. El

agua caía sobre su cabello. Sacudió la cabeza. Me miró..., miró mis labios.

Se acercó poco a poco, dándome señales evidentes de su gesto por si quería impedírselo pero yo no quería evitarlo. Así que se aproximó con determinación los últimos centímetros y me besó. El agua resbalaba por nuestras bocas. Agarró mi labio inferior. Noté su lengua cálida. Me mordió el superior y luego sonrió.

-No pensaba acabar así la mañana.

-Ni yo, ni yo...

¡Menudo subidón de hormonas! Aquello era realmente agradable, él era realmente agradable pero yo ya conocía como acababan todas las historias de pareja. Mucho sexo y pasión al principio para acabar hablando de la ropa que hay que planchar, mientras ellos se van a desconectar con sus amigos, bares y los más correctos, aficiones.

No tenía ninguna intención de volver a pasar por eso, así que salí del agua y cogí una toalla rompiendo el ambiente que empezaba a calentarse a juzgar por su pantalón y lo que sentía yo por ahí abajo que no iba a reconocer.

-¿Me dejas vestirme? -dije agarrada a la toalla haciendo de parapeto.

-¡Por supuesto! -respondió frustrado, con gesto molesto se desabrochó el pantalón, mirándome desafiante. Lo bajó hasta los pies, se lo quitó y lo lanzó dentro de la ducha. Unos bóxers negros era lo único que lo cubría. Yo esperaba que no se atreviera a quitárselos.

-¿Me prestas tú una toalla? -preguntó algo irritado.

-Sí, sí, detrás de la puerta -dije rápidamente. La tensión se notaba en el ambiente. Sólo quería quedarme sola, en ese momento me sentía avergonzada por mi reacción tan cortante.

Cogió la toalla y salió del baño mientras yo cerraba la puerta y me reprendía por lo imbécil que había sido. Me hubiera apetecido un poco de sexo. No estaba acostumbrada a algo así de rápido pero para acabar igual de mal, al menos lo hubiera pasado bien antes. No, no, me dije, que después las cosas resultan más complicadas. ¡Joder! ¡Si es que soy imbécil! ¡Con lo bueno que está! Acompañada de mis controversias me fui vistiendo.

Al salir del baño, me lo encontré frente a la chimenea con la toalla anudada a la cintura y sus bóxers colgados de una silla para que se secan.

-Si me permites, subiré a por el resto de mi ropa.

-¡Claro, claro! – ¡Qué boba me sentía! ¿Iba a repetir todas mis palabras dos veces?

Como siempre las cosas pueden complicarse más, mientras Víctor

estaba recogiendo su ropa del baño, llegaron Adrienne y Rosalie.

-¡Coño! –dijo Rosalie admirando los calzoncillos- Esos son demasiado grandes para ser de Antoine. ¿A quién te has tirado?

-No, no, yo no he hecho eso – respondí aún más avergonzada. Encima iba a pasar por “pecadora” y no me había comido un torrao, ¡si es que no se puede ser más tonta!

Adrienne se había quedado atónita con las bolsas colgando de las manos.

Pero lo peor fue cuando Víctor apareció bajando las escaleras.

Rosalie abrió la boca de par en par y eso que ella no era de las que se asombraban.

-¡Hola! –saludó Víctor sin percatarse y totalmente distraído. Parecía que él no veía la complicación. Había decidido poner su ropa a secar y no veía dónde

estaba el problema de pasearse desnudo, tan sólo cubierto por una toalla.

Me dirigí a la cocina. Sabía que me iban a interrogar pero prefería que no lo hicieran delante de él. De Rosalie no podía fiarme, ya conocía su discreción.

-¡Joder! ¿Con Víctor? Detrás de ése llevo yo toda la vida –protestó Rosalie.

-¡Que no, que no! ¡Que no ha pasado nada!

-¿Nada? Pero si tú también llevas el pelo mojado. Oye, que no me chupo el dedo. Además que ¡Ole por ti! Si a mí se me hubiera puesto a tiro, no me lo pienso dos veces. Lo malo es que me tiene como a su hermana pequeña. ¡Mierda de vida!

-Es inútil, diga lo que diga no me vais a creer...

-Tengo el día perdido a menos que me prestéis algo de ropa y como no me va

vestirme de mujer, voy a quedarme un rato largo por aquí -nos interrumpió Víctor asomándose a la cocina - ¿Queréis que os haga la comida? Me vendría bien comer, así luego puedo irme directo a instalar la puerta de aluminio.

-Adelante, adelante –dijo Rosalie- yo te cedo el puesto...

Víctor entró sin reparo y se agachó a coger una olla del armario.

Rosalie se lo quedó mirando con gestos de aprobación. Yo le di una colleja.

-No te imagines cosas que no ves.

-Es verdad, mejor me lo cuentas tú que lo has visto. Dame detalles...

Episodio 9 (Una frase para enmarcar, Calixta y Rosalie la desenfrenada)

No logré hacerle entender a Rosalie que no había pasado nada. Al final me dio la razón aunque no estaba demasiado segura de que me creyera realmente, pero lo que me perturbó de verdad, fue lo que me dijo Víctor al despedirse...

No hubo tensión con él durante la comida. Estuvimos riendo de las anécdotas que contaba Rosalie y de vez en cuando nos mirábamos y nos sonreímos. De alguna manera, nos habíamos perdonado y nos demostrábamos que todo había quedado zanjado.

Cuando se levantó de la mesa, ya vestido para marcharse, me levanté con él y le abrí la puerta. Él pasó por mi lado con tiempo suficiente para susurrarme al oído...

-Acepto un rechazo, pero no cuando es por miedo...

Ahí quedó. Sin más pistas. ¿Qué habría querido decir? Estuve dándole vueltas toda la tarde.

Hacia la noche me distraje con una nueva respuesta a mi anuncio en el foro, Calixta. Se definía como una mujer de cincuenta años, divorciada, que había trabajado toda la vida de modista pero que se había quedado en paro porque ya nadie se arreglaba la ropa. Me ofrecía traerse su máquina de coser y hacernos toda la decoración en tela de la casona, lo que iba a ahorrarnos mucho tiempo y dinero.

No me lo pensé dos veces, las agujas y el hilo no eran lo mío. Rosalie estaba haciendo una mezcla ecléctica un poco extraña en la decoración y Adrienne miraba las “mejoras” con cara de incredulidad. Así que recibimos con los brazos abiertos a Calixta al día siguiente.